

Samanta Schureblin,

SIETE CASAS VACÍAS (2015)

## CUARENTA CENTÍMETROS CUADRADOS

MI SUEGRA QUIERE que compre aspirinas. Me da dos billetes de diez y me indica cómo llegar a la farmacia más cercana.

—¿Seguro que no te molesta ir?

Niego y voy hacia la puerta. Intento no pensar en la historia que acaba de contarme, pero el departamento es chico y hay que esquivar tantos muebles, tantas repisas y vajilleros repletos de adornos que es difícil pensar en otra cosa. Salgo del departamento al pasillo oscuro. No enciendo las luces, prefiero que la luz llegue por sí misma cuando las puertas del ascensor se abran y me iluminen.

Mi suegra armó un árbol de navidad sobre la chimenea. Es una chimenea a gas y de piedras artificiales, y ella insiste en mudarla cada vez que cambia de departamento. El árbol de navidad tiene la altura de un enano, es flaco y de un verde claro artificial. Tiene bochas rojas, dos guirnaldas doradas y seis muñecos papanoeles colgando de las ramas como en un club de ahorcados. Me detengo a verlo

varias veces al día o pienso en él mientras hago otras cosas. Pienso en que mi madre compraba guirnaldas mucho más mullidas y suaves, y en que los ojos de los papanoeles no están pintados exactamente sobre los relieves oculares, donde deberían estar.

Cuando llego a la farmacia que me indicó veo que está cerrada. Son las diez y cuarto de la noche y voy a tener que buscar alguna de turno. No conozco el barrio y no quiero llamar a Mariano, así que adivino por el tránsito la avenida más cercana y camino hacia allá. Tengo que volver a acostumbrarme a esta ciudad.

Antes de viajar a España devolvimos el departamento que alquilábamos y embalamos las cosas que no llevaríamos con nosotros. Mi madre trajo cajas de su trabajo, cuarenta y siete cajas de vinos mendocinos que fuimos armando a medida que las necesitábamos. Las dos veces que Mariano nos dejó solas mi madre volvió a preguntarme por qué estábamos yéndonos realmente, pero ninguna de las veces pude contestar. Un camión de mudanzas llevó todo hasta una baulera. Me acuerdo de esto porque estoy casi segura de que en la caja que dice «baño» hay una tira de aspirinas. Pero ahora, de regreso a Buenos Aires, todavía no fuimos por ellas. Antes hay que encontrar un nuevo departamento, y antes de eso hay que juntar algo de toda la plata que perdimos.

Hace un rato mi suegra me contó esta historia horrible, pero la contó orgullosa y dijo que alguien debería escribirla. Es anterior a su divorcio, anterior a la venta de la casa y a su ayuda con el dinero para España. Después le bajó la presión, le vino ese terrible dolor de cabeza y me mandó a comprar aspirinas. Cree que extraño a mi madre, y no entiende por qué no quiero llamarla.

Veo una farmacia una cuadra más allá, sobre la avenida, espero el semáforo para cruzar. También está cerrada pero tiene una lista de turnos. Si me ubico bien, hay una del otro lado de Santa Fe, pasando las vías de la estación Carranza. Son unas cuatro cuadras más y ya me alejé bastante. Pienso que sería bueno que Mariano llegara, le preguntara a su madre por mí, y ella tuviera que explicarse diciendo que me ha mandado a comprar aspirinas a las diez y media de la noche por un barrio que no conozco. Después me pregunto por qué eso sería algo bueno.

Lo primero que me contó mi suegra es que estaba de pie en medio del comedor de su casa. Su marido estaba en el trabajo, pero regresaría pronto. Sus cuatro hijos estaban fuera también, uno trabajando con el padre, los otros estudiando. La noche anterior se había peleado otra vez con su marido, y le había pedido el divorcio. La casa era grande, y había perdido el control sobre ella. La mujer que limpiaba estaba a cargo ahora, y ella ya no podía decir qué se guardaba en los placares ni qué faltaba en las alacenas. Cuando se sentaban a la mesa, los hijos se divertían viéndola comer. Si había pollo roía los huesos con ansiedad, si había postre se servía doble ración, tomaba agua con la boca llena. Es que estoy muy sola, pensaba para sí misma, y mis hijos solo creen en su padre.

Tomo la primera calle hacia el cruce pero está cerrada, es una calle sin salida, y lo mismo sucede en la cuadra siguiente. Busco alguien a quien preguntar. Encuentro a una mujer que me mira desconfiada. Dice que dos cuadras más allá se puede pasar al otro lado de Santa Fe por los túneles del subte.

Así que ese día mi suegra estaba de pie en medio del comedor, se miró las manos y decidió su siguiente paso.

Agarró el abrigo, la cartera, salió de la casa y tomó un taxi hasta la calle Libertad. Diluviaba, pero sentía que, si no hacía lo que tenía que hacer en ese mismo momento, no iba a hacerlo nunca más. Cuando bajó se mojó las sandalias, el agua le llegaba hasta los tobillos. Tocó el timbre de un local de compra-venta de oro. Vio al vendedor acercarse entre los mostradores iluminados. Supongo que le abrió mirándola de arriba abajo, lamentando que alguien entrara a su negocio tan empapado. Adentro el aire acondicionado estaba muy fuerte y le pegaba sobre la nuca.

—Quiero vender este anillo —dijo ella. Pensó que le costaría quitárselo, porque había engordado mucho, pero estaba empapada y el anillo salió sin esfuerzo.

El hombre lo colocó en una pequeña balanza electrónica.

—Puedo darle treinta dólares.

Ella se tomó unos segundos para contestar. Después dijo:

—Es mi anillo de bodas.

Y el hombre dijo:

—Es lo que vale.

Ahora bajo por la boca del subte y tomo el túnel para cruzar la avenida. Frente a los carteles de bifurcación reconozco el lugar y me acuerdo que ya he estado acá otras veces. A la derecha, bajando dos escaleras más, está la parada de subte, a la izquierda está la salida. Quizá porque pienso que hay alguna farmacia en el subte, o porque quiero recordar un poco más la estación, bajo hacia la derecha. Pierdo el tiempo porque me ayuda a seguir adelante, hace un mes y medio que no tengo absolutamente nada que hacer. Así que voy hacia la estación. Llevo encima una tarjeta que todavía sirve, un tren está llegando. Chillan un poco las ruedas y las puertas se abren al unísono. En el andén hay poca gente porque el servicio termina a las once.

Alguien se asoma desde el primer vagón, tal vez alguien de seguridad preguntándose si subiré o no subiré. Cuando el tren se aleja me siento en uno de los bancos vacíos. La estación queda en silencio y entonces algo se mueve un poco más allá del banco. Es un hombre viejo sentado en el piso. Es un mendigo, sus piernas terminan en dos muñones un poco antes de las rodillas. Mira el cartel de champú que hay del otro lado de las vías.

—Mi suegra aceptó el dinero, me dijo que salió acariciándose el dedo anular. Afuera ya no llovía pero el agua todavía llegaba hasta los locales y las sandalias mojadas le lastimaban los pies. Unos días más tarde cambiaría los dólares que tenía en los bolsillos por un par de sandalias que nunca tendría la fuerza de ponerse, y aún así, seguiría casada veintiséis meses más. Me lo contó en el comedor pintándose las uñas. Dijo que no le hace falta el dinero de España, y que podemos devolverlo cuando queramos. Dijo que extraña mucho a sus hijos, pero sabe que ellos están ocupados en sus cosas, y no quiere ser cargosa llamándolos todas las veces que realmente querría llamarlos. Pensé que tenía que escucharla, que era mi obligación porque estaba viviendo en su casa, y porque me daba culpa que ya no tuviera su anillo de treinta dólares. Porque insistía en cocinarnos, en planchar la ropa cada vez que la lavábamos, porque conmigo había sido tan buena desde el principio. También dijo que le pidió a la vecina del C los clasificados del domingo y se fijó si no había algún nuevo departamento para mudarse, porque este tampoco le parecía lo suficientemente luminoso. La escuché porque no tenía nada más que hacer, y la miré porque estaba sentada delante del árbol de navidad. Y al fin dijo que le encantaba charlar conmigo, así, como dos amigas. Que cuando era una nena, en la cocina de

su casa, se charlaba de todo, que le gustaría que su madre todavía la acompañara. Se quedó un rato callada, así que intenté volver a abrir mi revista, pero dijo:

—Cuando le pido algo a Dios pido así: Dios, vos hacé lo mejor que puedas —y dio un largo suspiro—. De verdad, no pido nada puntual. De tanto escuchar a la gente aprendí que no siempre piden lo que es mejor para ellos.

Y entonces dijo que le dolía mucho la cabeza, que estaba mareada, y me preguntó si me molestaría ir por unas aspirinas.

Otro tren se va de la estación. El mendigo me mira y dice:

—¿Usted tampoco toma ninguno?

—Necesito mis cajas —digo, porque de pronto me acuerdo de ellas y así es como sé qué es lo que quiero, por qué estoy sentada todavía en este banco.

Pero mi suegra dijo algo más. Algo muy tonto que ya no pude sacarme de la cabeza. Dijo que, al salir del negocio con sus treinta dólares, no podía regresar a su casa. Tenía dinero para un taxi, recordaba su dirección, no tenía ninguna otra cosa que hacer, pero, simplemente, no podía hacerlo. Caminó hasta la esquina, donde había una parada de colectivos, se sentó en el banco de metal, y ahí se quedó. Miró a la gente. No quería ni podía pensar en nada, ni sacar ninguna conclusión. Solo podía mirar y respirar, porque su cuerpo lo hacía automáticamente. Un tiempo indefinido se cumplía de un modo cíclico, el colectivo llegaba y se iba, la parada quedaba vacía, y se volvía a llenar. La gente que esperaba cargaba siempre con algo. Llevaban sus cosas en bolsos, en carteras, bajo el brazo, colgando de las manos, apoyadas en el piso entre los pies. Ellos estaban ahí para cuidar de sus cosas, y a cambio sus cosas los sostenían.

El mendigo trepa hasta mi banco. No entiendo cómo lo ha hecho, y me asusta que pueda moverse tan rápido.

Huele a basura, pero es amable. Saca de su bolsa una guía de las calles.

—Quiere sus cajas —dice, y abre la guía hacia mí—, pero no sabe cómo llegar...

Aunque es una guía vieja reconozco en el mapa las estaciones de subte de la ciudad. De Retiro a Constitución, y del Centro hasta Chacarita.

Mi suegra dice que lo recuerda todo, tanto lo recuerda que puede describir cada una de esas cosas que cargaba la gente. Pero ella tenía las manos vacías. Y no iba hacia ningún lugar. Dijo que estaba sentada en cuarenta centímetros cuadrados, eso dijo. Tardé en entender. Es difícil pensar en mi suegra diciendo algo así, aunque eso es lo que dijo: que estaba sentada en cuarenta centímetros cuadrados, y que eso era todo lo que ocupaba su cuerpo en el mundo.

El mendigo me espera. Baja un segundo la mirada y descubro que en los párpados tiene dibujados un par de ojos, como los papanoeles del árbol de navidad. Creo que debería ponerme de pie, que una vez en la baulera reconoceré la caja que necesito. Pero no puedo hacerlo. No puedo siquiera moverme. Si me paro, no podré evitar ver cuánto ocupa realmente mi cuerpo. Y si miro el mapa —el mendigo lo acerca ahora un poco más, por si eso ayuda—, descubriré que, en toda la ciudad, no hay ningún sitio que pueda señalarle.